

Bien es verdad que le criticaban por mal hijo si reñía con Livia, y por mal emperador si la respetaba; por cruel si iba á los gladiadores, y por misántropo y sombrío si no iba; por vano si oía las adulaciones y aceptaba los honores, y por soberbio si lo desdenaba todo; por tonto si prohibía la fundación de templos á su nombre, y por insensato si la toleraba; por irreverente con la naturaleza si encauzaba las aguas del Tíber, y por asesino de los romanos si las dejaba fluir á su antojo y diseminar las homicidas fiebres; por cobarde si no acudía al ejército, y por ambicioso si acudía; siempre asae-teado de una oposición que le envenenaba hasta el alma. Así daba muestras muy expresivas de que aquella irreverencia no podía continuar, arrojando de lo alto del Capitolio abajo á un murmurador, ahorcando á otro en la cárcel; pero duraba el silencio lo que duraba el miedo, y el miedo, á su vez, lo que el siniestro recuerdo de estos crímenes.

Donde la oposición se avivaba más era en el teatro. Toda tragedia tenía un personaje igual completamente al traidor de nuestros melodramas, y era el tirano. Pasaba la escena en Grecia, á las orillas del Egeo, entre los bosques de Tesalia, bajo los laureles del Pindo, ó al eco de los ruisñores de Colonna; pero lo cierto era que aquel hombre, superior á todos los hombres, calzado de coturno, vesti-

do de púrpura, coronado de resplandeciente diadema, puesto en el trono, sobre cuya persona se condensaban todos los crímenes y todos los odios, ebrio de orgullo, largo en palabras resonantes, corto en acciones buenas, manchado de sangre, sordo á toda súplica, blando á toda lisonja, con la muerte por mensajera y la guadaña por cetro, señalado al puñal de un Bruto y de un Casio como la víctima en verdad más agradable á Júpiter, maldecido en versos que recordaban la antigua indignación de los tribunos... ¡ah! ni era ni podía ser otro que el emperador reinante sobre todos y de todos odiado. Llegábase hasta repetir en las tablas frases que Tiberio había dicho como estas: «Solamente los Césares demasiado benévolos matan de un golpe; en Roma los condenados concluirán por agradecerme como un favor la muerte.»

Las injurias llegaban á tal extremo, que el emperador se veía obligado, por su tumulto y por su número, á ir en persona á Roma para refrenarlas. En cuanto el Senado quería apuntar su oposición al emperador, decretaba alguna nueva manera de honrar á Livia. Y en cuanto Livia aceptaba la honra decretada, el emperador prohibía su ejecución. Ordenada una estatua, Tiberio la impidió. Livia, en venganza, elevó por el mismo sitio designado á su efigie, cerca del teatro Marcelo, otra efi-

gie de Augusto, inscribiendo su nombre y su dignidad de emperatriz antes que el nombre y la dignidad de su hijo. Luego, viendo que éste no iba resueltamente á verla, se entró en sus salones con la naturalidad y el imperio de siempre, á imponerle cualquier decreto repugnante para probar todo su poder. Tiberio, que muchas veces acariciaba en secreto la idea de sacrificar á su madre, caía rendido á sus pies, fascinado por el terror, en cuanto la veía aparecer, altiva é imperiosa, como si ella fuese aún joven y él aun fuese niño. La primera vez que le habló después de sus últimos disgustos, herido Tiberio por las tertulias de Livia, y herida Livia por las disposiciones contra su estatua, que sostuviera tan tenazmente Tiberio, empeñóse la emperatriz en que había de dar no sé cuál dignidad altísima á uno de sus libertos. El emperador se resistió tenazmente; pero más tenazmente todavía reclamó la emperatriz. Vencido al fin Tiberio por aquella mirada fascinadora, por aquellas palabras cortadas y breves, por aquel tono imperioso, por aquellos ademanes resueltos, convino en decretar la dignidad demandada, pero á condición de poner en el decreto que cedía á las obsesiones de Livia. Al oír esto la emperatriz se irguió como una serpiente anhelosa de clavar su aguijón y de verter su veneno. Relámpagos de ira cruzaron por sus

ojos de gata. La voz salió de su garganta como el resuello de un volcán comprimido. Los recuerdos de cuánto Tiberio le debía á ella y de cuánto ella le debía á Tiberio brotaron de sus estrechos labios y se agarraron como las célebres culebras de Laoconte al cuerpo del emperador. Ya fuera de sí, como quien busca un puñal para dar un golpe de gracia, buscó en su pecho unos recuerdos de Augusto, unas cartas donde estaba escrito el juicio de Tiberio trazado de mano maestra por su predecesor. Mientras Tiberio se revolvía en su silla, la emperatriz, de pie á su lado, cogiéndole por el brazo como para obligarle á recibir por fuerza los asesinos golpes, leía la sentencia póstuma, palabra por palabra, recalcando las más duras y las más acerbadas, y uniéndolas á relámpagos de ira lanzados por sus ojos, teñidos del color verdoso de la muerte. A semejante lectura, en que salían las palabras de taimado, hipócrita, cruel, traidor, soberbio, vicioso, criminal, cobarde, el emperador temblaba, demostrando sentir un escalofrío homicida que le cogía de los pies á la cabeza, y se agarraba á su madre como en súplica de misericordia y perdón. Pero cuando no pudo ya más, cuando perdió la luz de los ojos, cuando sacudimientos epilépticos atravesaron todo su cuerpo y nubes oscurísimas cayeron sobre su alma, fué al oír que Livia leería, si era preciso, al Senado, esta

opinión de Augusto sobre su infame sucesor, opinión cuyos ecos redundarían en su eterna deshonra. Bajo tal amenaza firmó Tiberio el decreto con presteza, despidió á su madre con amor, llamó una litera con impaciencia, salió de Roma con miedo, y se fué á la isla de Capri, anheloso por ocultar su vergüenza y decidido á ofrecer todos los días un sacrificio á los dioses para que lo libertaran prontamente de su imperiosa y vengativa madre.

Ésta, cada vez más airada contra su hijo, presentábase al circo para complacer al pueblo y para contrastar con sus gracias y con sus larguezas la sombría avaricia y la prolongada ausencia de Tiberio. Desde el día en que los comicios se acabaron crecieron los juegos. No pudiendo ir los pueblos á las asambleas, iban á los anfiteatros. No pudiendo apasionarse por la libertad y por el derecho, se apasionaban por el caballo de España ó por el atleta de Tracia. Los partidarios de Pompeyo, de Catón, de Marco Tulio ya no existían, pero existían los partidarios de los verdes, los azules, los blancos y los rojos. Mucha sangre se derramó por la dignidad de los tribunos, por los votos en curias ó en centurias, pero más sangre, mucha más sangre se derramó por las carreras y por las luchas del circo. En una de estas sangrientas competencias murieron treinta mil ciudadanos. Y no había remedio: el

alma del pueblo necesitaba alimento, su corazón emociones, su sensibilidad motivos de un febril ejercicio, y vinieron estos combates protervos á reemplazar las nobles luchas del pensamiento y de la palabra. Jamás se dió una caída tan profunda desde altura tan eminente como la caída del pueblo romano desde las cimas de la libertad á los profundos abismos del Imperio.

Tiberio no parecía por los juegos. Pero Livia los preside, sabiendo que la presencia en los juegos constituye una parte esencial de su política. Los años pasaban por esta mujer de hierro y no disminuían sus fuerzas. Diríase al verla que personificaba la Ciudad Eterna y que tenía como la misma Roma vinculadas en su persona la inmortalidad y la fuerza. Mas al cabo un día vino, como era natural y necesario, la muerte. En edad bien avanzada, bajo el consulado de los Genuinos, aparatosos apellidados republicanos irrisoriamente conservados á la cabeza del Imperio, espiró la emperatriz, llamada Livia de nombre propio, Julia por su ingreso en la familia de los Césares, Augusta por su dignidad; descendiente de los Claudios, orgullosos patricios que desde los primeros tiempos de la República descollaron por su odio á la plebe; mujer un día del noble Nerón, madre del tirano Tiberio, genio é inspiración de Octavio; superior á los placeres y vo-

luptuosidades de los sentidos como una matrona de la República; criminal y asesina como una furia del Imperio; dama imperiosa en su política; de un disimulo singular y de una maestría sin límites; tan dispuesta á sufrir las fatigas de los soldados como á ejercer las seducciones que la debilidad y la ternura prestan á su sexo; resuelta á todas las maldades necesarias para consolidar su imperio bajo la apariencia de una virtud austerísima; genio verdadero de la dominación, implacable imagen del despotismo.

En cuanto murió la madre respiró el hijo. Así fué su entierro sin aparato, su testamento sin efecto, su apología obra de uno de sus nietos medio loco, pues ya no inspiraban miedo los restos de aquella majestuosísima é imperiosa madre. En su retiro estaba Tiberio al recibir la fausta noticia, y se excusó de asistir á los funerales, so pretexto de ocupación, y borró las honras decretadas por el Senado, y se opuso á la apoteosis, y escribió cartas lanzando finos acerados dardos á los idólatras de las mujeres metidas á pedantear en la política, dardos que iban emponzoñados con un sarcasmo aterrador, puesto que eran próximos é inmediatos mensajeros de la muerte. Lo cierto es que desde este instante no tenía ya ningún freno el despotismo de Tiberio. César y cautivo, con la sombra de su madre des-

aparecía la última sombra de su cautiverio. Era ya dueño y señor de la tierra. Su madre, cuando la luz de los ojos se apagaba; cuando la respiración en el pecho se extinguía; al convertir los ojos á la vida que se le escapaba y á la eternidad que venía; lejos de recogerse en su conciencia para examinar los hechos de su vida y el juicio de la historia, se volvió hacia uno de sus libertos y le dijo que encargaba á Tiberio con resolución la muerte de sus últimos competidores todavía supervivientes á tantas emboscadas, á tantas traiciones, á tantos crímenes. Y aquellos competidores eran sus propios nietos. ¡Cuán desoladora es la tiranía!

Si tratáramos de calificar á Tiberio, en pocas palabras le llamaríamos la siniestra y torva personificación del odio. Hay naturalezas que sienten amor purísimo por todas las cosas, como si la virtud creadora, como si la atracción amante del universo hubiera en su seno refluído; y hay naturalezas, por el contrario, tocadas del odio, que aborrecen desde la materia hasta el espíritu, desde la tierra hasta la humanidad, como si las fuerzas de repulsión, de guerra que hay esparcidas en el planeta se hubieran agarrado á su pecho. Acordaos del pobre penitente de la Edad Media que recibía en las faldas de su hábito las liebres por los cazadores perseguidas; que departía en coloquios suaves con

las avecillas del cielo; que curaba la pata de los lobos estropeados, reduciéndolos á su obediencia por la humana virtud de ardiente caridad; acordaos de ese pobre cenobita, y comparadlo con Tiberio, todo cólera, todo odio, todo saña; amarillento como la bilis, siniestro como el cuervo, carnice-ro como el tigre, que se gozaba en ver el dolor, la desesperación, los estertores de la agonía, las angustias de la muerte, lo mismo entre los animales que entre los hombres; sombrío genio de la destrucción, semejante á los genios del mal en las antiguas teogonías.

El odio al género humano le tenía en continua irritación y exacerbamiento. Y no era este odio la cólera ciega que estalla y pasa como el relámpago y el trueno, sino la cólera condensada, permanente, semejándose su alma á esos terrenos pestilenciales y malditos en cuyas emanaciones va disuelto el hálito de la muerte. Nunca dormía en él esta pasión del odio, ni siquiera durante el sueño. ¡Cuántas veces se despertaba en las altas horas de la noche, y lejos de ver el brillo de la propia conciencia en la oscuridad, como se ve en las tinieblas el brillo de los astros, veía la necesidad de nuevas inmola-ciones, de nuevos sacrificios, de nuevas muertes! Así se aislaba del mundo, y en este aislamiento crecía su pasión dominante, esa pasión llamada en

el usual lenguaje negra misantropía. Omnipotente, y por ende con harta fuerza para herir á sus enemigos de un golpe, tomaba tortuosos senderos en el acecho y ataque, cual si, á semejanza de la serpiente, gozase en arrastrarse. ¡Cuántas veces su cabeza se le caía sobre el pecho como al peso de un gran pensamiento, arrugábasele la frente por cuyos surcos corrían espesas nubes de odio, fruncíanse sus cejas cual dos arcos que lanzaran ponzoñosos invisibles dardos, chispeaban sus ojos como los ojos del gato en la oscuridad, sacudíanse á estremecimientos nerviosos sus párpados y sus labios, se abrían sus narices y su boca como para respirar con fuerza y una siniestra sonrisa se dibujaba en su rostro, la sonrisa de quien ha concebido algo horrible y en el horror encuentra una satisfacción voluptuosa! Pero otras veces, después de haber pasado por estas gradaciones, tendía sus brazos y sus ojos á todas partes como en señal de alejar algún objeto, de combatir algún asalto, de torcer alguna amenaza, y echaba á correr huyendo quizá de quien jamás podía escaparse, huyendo de sí mismo.

Un fisiólogo entendido no atribuyera las enfermedades de Tiberio al mediar la vida, aquella lividez de su rostro y de sus labios, aquellas pústulas que eran como la erupción de su volcánica sangre, solamente á sus vicios y á sus placeres, sino tam-